

emperatriz ni por ningún ministro, porque todos estaban ocupados.

—¡Canario! exclamó al salir, he venido en mal tiempo á hacerme presente. ¡Lástima de las molestias que me he tomado en todo este viaje para ver mogigangas!

Y ya no pensó sino en regresar á sus terrenos, en donde por la buena ó por la mala se hacía pasar por la primera persona. Por supuesto que á nadie le pondría en el secreto de su fracaso.

Cuando iba en camino, la indignación lo dominaba por completo y á cada momento se hacia esta exclamación interior:

—¡Este Sr. de Iturbide tiene que pagármela!

CAPITULO VI.

SANTA ANNA INTRIGANTE.

En Agosto del mismo año de 1822, el general Luaces que no pudo soportar el clima de Veracruz, mandó que Santa Anna estableciera allí su Comandancia militar, quien se trasladó á dicho puerto con su Regimiento, bajo la recomendacion muy precisa de que no intentara nada contra Dávila mientras no recibiera órdenes y tambien de que morigerara su conducta, porque eran muy repetidas las quejas que se recibian, ya de violencias ejercidas con los particulares, ya de crueldades con sus soldados y ya de vejaciones aun con las mismas mujeres que pasaban por donde estuvieran alojadas sus tropas. A todo lo que no contestó Santa Anna, en primer lugar, porque eran ciertas las acusaciones, y en segundo lugar, porque sabia que aquel jefe iba muy enfermo y con la resolucion de pedir su reemplazo.

Así pasó, en efecto, Luaces se fué á curar en Tehuacan en donde murió, y en fines de Septiembre se nombró al general Echávarri, muy amigo de Iturbide, para sucederle. El Comandante Militar que no quería que se le olvidara, sino hacerse presente á todas horas, escribió al Ministro de la Guerra y aun al Emperador, sometiéndoles varios proyectos para apoderarse de San Juan de Ulúa, á donde él tenía gran empeño en entrar con cualquier motivo ó pretexto.

—¿Y qué es lo que ese coronel Santa Anna quiere por fin? preguntó Iturbide al Ministro de la guerra.

—Lo primero que pide es dinero.

—¿Y para qué?

—Para ganarse la gente por la seducción.

El emperador se rió de buena gana, exclamando:

—Como que ya quisiéramos todos nosotros estar tan desahogados como Dávila y los suyos que cuentan con los derechos que cobran á todo lo que entra y sale del puerto y con los auxilios que reciben de la Habana. ¡Vamos los pobres á querer comprar á los ricos!

—Ello es que yo, sin consultar á V. M. porque se trataba de una bagatela, mandé que le entregaran tres mil pesos primero.

—Pero es que ahora parece que pide más.

—Pide otros dos mil pesos, porque el oficial con quien dice está entendiéndose se los exige.

—Pues mándeselos V. E. aunque ese oficial sea él mismo, como tengo razones para sospecharlo, según los informes que me dió Luaces y segun lo que se

refiere en las muchas cartas en que se habla de ese militar.

Y haciendo un gesto que indicaba que no quería seguirse ocupando de Santa Anna, pasaron á otro asunto.

Echávarri llegó á Veracruz el 25 de Octubre y recibido y obsequiado que fué por el Coronel Santa Anna que ya le esperaba bien preparado para colmarlo de halagos y cautivarlo, se encerraron solos en un gabinete para hablar de negocios.

—Y bien, le preguntó Echávarri, ¿qué tenemos de San Juan de Ulúa?

—Estaba ardiendo en deseos de que pudiéramos hablar á solas, mi general: ya sabrá V. E. que he estado estudiando varios planes para hacer que el castillo caiga en nuestro poder, si es posible sin derramamiento de sangre.

—El Ministro de la guerra me insinuó que su señoría me pondría al corriente de todas estas cosas.

—De eso cabalmente quería hablar á V. E.

—Ya escucho.

—Debe saber V. E. que ya mandé unos agentes de mi confianza al castillo llevando buena cantidad de onzas de oro consigo.

—Y esos agentes, ¿pudieron penetrar al fuerte sin ser registrados?

—Si pudieron y todo iba muy bien; pero unos soldados los denunciaron, fueron llevados á presencia del gobernador y éste recogiendo las onzas que habían sido repartidas, los amonestó de esta manera:

“Lo que yo debía hacer desde luego era fusilarlos por el crimen de soborno que está comprobado; pero no estamos en guerra abierta, una vez que sólo conservo la posición que se me ha encomendado mientras recibo ordenes y además no quiero derramar sangre; de modo que voy á dejarlos ir con su dinero que devolverán al Sr. Santa Anna, diciéndole sencillamente de mi parte: que en este castillo hay primeramente mucho honor y en seguida que no escasea el dinero ni nada.” Despues de lo cual mis comisionados fueron puestos en una barca con órdenes de hacer proa para Veracruz y con amenaza de echarlos á pique si la desviaban un punto de la direccion.

— Es testarudo el Sr. Dávila, murmuró Echávarri y luego añadió. Segun eso, los planes han fracasado.

— Ahora tengo otro, mi general; pero antes debo decir á V. E. que las circunstancias han cambiado. El general Dávila está entregando el mando del castillo al brigadier Don Francisco Leamur, segun reza una orden del dia publicada ayer, habiendo recibido el primero como premio de su tenacidad el nombramiento de teniente general, esperando ahora sólo una embarcación para irse á la Habana.

— Bien, ¿y el plan?

— Es una intriguilla, mi general, que espero debe darnos buenos resultados.

— Veamos cual es esa intriguilla, Señor Coronel Santa Anna.

— Comprendiendo yo que Leamur está deseoso de acometer alguna hazaña ruidosa para elevarse, le he

mandado decir que estoy profundamente disgustado con el Sr. Iturbide por haberse coronado emperador, violando el plan de Córdoba y cometiendo una falta con el rey Don Fernando VII, por cuyas razones que conceptuaba poderosas, estaba dispuesto á entregarle la plaza mañana en la noche.

— ¿Mañana en la noche? exclamó Echávarri algo azorado.

— Mañana en la noche, mediando ciertas contraseñas. Para que confiara mejor en mi propósito le he mandado cuatro oficiales míos en los que tengo la mayor confianza que vendrán con las tropas españolas para desembarcar en los puntos de la playa que les designen. Esos oficiales ya están instruidos de las señales que han de ver y de los puntos donde deben atracar con todo sigilo, así como saben por donde han de saltar la muralla que estará desmantelada, para que mientras ellos practican esa maniobra, las tropas mexicanas que estarán disfrazadas con uniformes españoles que ya tengo prevenidos, tomarán las mismas lanchas y guiadas por mí penetrarán en el castillo llevándolo todo á fuego y sangre.

Echávarri se quedó un momento pensativo, y aunque de luego á luego se convenció de que el plan era audaz, pero muy realizable, queriendo afirmar mejor sus ideas, hizo esta reflexion:

— ¿No cree su señoría que dejen á algunos de ellos en sus lanchas, los que pueden dar la voz de alarma, y que habiendo la voz de alarma y estando los realistas cerca vuelvan y se trabe una refriega tal vez desigual?

—Todo está previsto, mi general. Los oficiales mexicanos que vienen con ellos saben la señal que han de hacer para avisar que hay gente en las lanchas, y en ese caso primeramente se les engaña con los uniformes españoles que hemos de llevar, y una vez sorprendidos se les sujeta y se les pone mordazas para que no chillen. Pudiera haber alguna imprudencia de parte de los nuestros ó pudieran ellos conocer el ardid antes de estar sujetos; pero como toda nuestra guarnicion ha de estar lista, lo mas mal que puede resultarnos es que no entremos al castillo, pero haciendo en cambio prisioneros á todos los que vengan que siempre serán unos doscientos ó trescientos.

—En efecto, contestó Echávarri sonriéndose, la estratagemata está bien urdida. Ahora solo pregunto yo: ¿á mí qué papel me toca desempeñar en ella?

—Ninguno, porque no hay necesidad de que S. E. exponga su persona.

—Estando todo tan bien dispuesto, nada voy arriesgando y antes bien me proporcionará el lance un buen rato de diversion.

—En ese caso, puede S. E. ponerse en expectativa, y para acudir á cualquier evento, en el baluarte de la Concepcion con unos cincuenta hombres de los mejores de mi regimiento.

—Estando yo al frente de cincuenta soldados agueridos no me importa que venga lo que viniere.

—A la hora precisa acabaré de poner á V. E. al corriente de todo, y entre tanto es conveniente que no se le vea ni se haga movimiento alguno para que no

reciban aviso ni entren en desconfianza los del castillo.

Echávarri vió todo aquello como muy natural y se estuvo quieto. Pero lo que habia sucedido era que con su llegada todo el plan de Santa Anna se habia ido á pique, pues lo que en realidad meditaba no era apoderarse del castillo, cosa bien difícil por cierto, sino de Dávila y su familia que sospechaba iban á embarcarse en la siguiente madrugada.

Hé aquí lo que pasó, sujetándonos en este punto rigurosamente á la historia.

Poco antes de la media noche del día 26 se dirigió Echávarri al baluarte de la Concepcion acompañado de su secretario, del coronel Arana, sus ayudantes y de su guardia compuesta de doce soldados á la cual tuvo que dejar con uno de los oficiales en un punto inmediato que encontró desguarnecido y empezó á sorprenderse cuando llegó á la Concepcion y vió que no habia ni un soldado de los cincuenta que habia ofrecido enviarle Santa Anna.

—¡Diablo! exclamó el Capitan General, rascándose la cabeza, y luego dirigiéndose á uno de sus ayudantes:

—Vaya usted, señor Piña, á ver si está la tropa en la estacada.

El oficial se fué á toda prisa, pero á poco volvió todo azorado, diciendo:

—Mi general, por un portillo abierto en la estacada están entrando ya los realistas. He reconocido á Castrillon, ayudante del señor Santa Anna, que los conduce.

—¡Rayos y truenos! Si habremos venido á caer en una emboscada.

No tuvo tiempo de dar órdenes al pequeño grupo que estaba con él, compuesto de sus cinco oficiales y doce paisanos armados, porque ya estaban encima de él un oficial con diez granaderos españoles, que de luego á luego hirieron al Comandante Velez y mataron á tres paisanos; pero así como el ataque fué brusco, así tuvo que ser la defensa, y gritando Echávarri á los suyos con todo vigor: "¡A ellos, mis valientes! les dió tal carga, que logró cayeran muertos cuatro de los asaltantes, haciendo retirar al resto á la playa á reunirse con sus compañeros que se habian quedado cerca de las lanchas.

Entre tanto, el teniente Eleuterio Mendez llamado por Castrillon que estaba asustado de aquella barbaridad que habia hecho sin comprenderla, acudió en auxilio del baluarte con un piquete de caballería, y entonces Echávarri pudo emprender el ataque en toda forma, tomando un capitán, un sargento y ocho soldados prisioneros que quedaron heridos, lo mismo que otros se fueron dispersos no pudiendo embarcarse á tiempo en las lanchas que se pusieron en fuga.

En el baluarte de Santiago donde se encontraba Santa Anna, tambien se empeñó un combate encarnizado en que hubo bastantes muertos y heridos.

Echávarri, que no era lerdo, se cuidó bien de no manifestar desagrado á Santa Anna por aquella jugada, comprendiendo que estaba en su poder y que podría jugarle otra de mayores consecuencias, limitándose á decirle:

—Fué lástima que el plan no diera el resultado de la toma del castillo.

Pero reservadamente escribió al emperador, diciéndole que Santa Anna habia querido hacerle desaparecer para que lo nombraran á él Capitan General, y que aun se suponía que estaba en inteligencias con el enemigo, que podian dar funestos resultados, por lo que juzgaba urgentísimo que se le reemplazara por otro gefe en aquella comandancia militar.

Como en el parte que rindió Echávarri ocultó todos los detalles y solo dijo que se habia rechazado un ataque intentado por el nuevo gobernador del castillo Leamur, Santa Anna tuvo á su vez que tragarla, quedando en la creencia de que el Capitan General era un bendito á quien podia jugarle el dedo en la boca, y mas se persuadió de que nada habia notado de sus manejos, ni nada habia dicho, cuando vió que llegaron las recompensas, siendo ascendido Echávarri á Mariscal de campo, recibiendo Santa Anna las letras de servicio, cosa que era muy honorífica, y Arana el grado de brigadier.

—¡Vaya! dijo aquel á este último, á quien le tenia mucha confianza, ¿quién habia de creer que una trampa en que caimos estúpidamente habia de valernos un ascenso tan inmerecido?

Santa Anna por su parte se dirigió con todos sus oficiales al alojamiento de Echávarri para felicitarlo, y cuando logró hablarle de cerca, sin que nadie le oyera, le preguntó:

—¿No fué bueno mi plan, señor Mariscal?

—Ni tanto, le contestó Echávarri, la mas grande

de las barbaridades militares que nunca se habia visto ha merecido un premio.

—Muy bien ganado, Exmo. Señor, ¿acaso no estuvimos á pique de perder la vida?

—¡Vaya si lo estuvimos! Sobre todo yo, que no ví por allí ni uno solo de los cincuenta.

Viendo Santa Anna que era escabroso el terreno en que empezaba á entrar su jefe, pidió permiso de retirarse, y se despidió haciendo tan profundas reverencias que mas bien parecia un palurdo.

En ese mismo dia de las felicitaciones, recibió Santa Anna un paquetito que se le enviaba del castillo de Ulúa: tenia en lacre encarnado el sello del general Dávila, que reconoció en el acto. Abrió el paquete, y se encontró intactas, esto es, sin haber sido abiertas las seis cartas que, aprovechando diversos conductos, habia enviado á Ines Dávila. No habia, ademas de las cartas, mas que una tira de papel conteniendo estas líneas sin firma: "por encargo de la familia del Exmo. Sr. Teniente General Don José Dávila, que se ha embarcado hace tres dias para la Habana, se le remiten al Sr. Santa Anna unas cartas que no quiso abrir la persona á quien iban dirigidas."

—¡Orgullosa mujer! Ni ahora que estoy encumbra-
do quiere oirme.

Pero como á la vez estaba muy preocupado Santa Anna con sus sueños de ambicion que lo tenian dominado por completo, pronto hizo á un lado el recuerdo de Ines, echando las humillaciones que habia sufrido por ella al saco de las aventuras comunes.

Lo que sí le hizo demudarse, brincar y darse á sí mismo la voz de ¡alerta! fué la noticia que le dió Echávarri el 12 de Noviembre, diciéndole:

—Salgo mañana á recibir á S. M., que viene en camino.

—¿A S. M. el Emperador Agustin I? exclamó Santa Anna queriéndosele saltar los ojos.

—Sí, señor: me avisa que muy pronto estará en Jalapa y será muy conveniente que cuando su señoría sepa que ha llegado vaya á presentarle sus homenajes, para lo cual le concedo permiso.

Santa Anna se quedó de una pieza.